Globethics Repository



Deuda Externa [External Debt]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Bitar, Sergio
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-05 13:52:10
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/221374

Nueva Sociedad Nro. 80 Noviembre-Diciembre 1985, pp. 16-22

Deuda Externa: Cómo nos ven los EEUU

Sergio Bitar

Sergio Bitar: Economista chileno. Consultor del SELA. Obras publicadas: "Corporaciones Multinacionales y Autonomía Nacional"; "Transición al Socialismo y Democracia"; "Chile: Liberalismo Económico y Dictadura Política".

La forma actual de pago de la deuda externa es incompatible con los intereses nacionales de los países de América Latina.

Es necesario diseñar una nueva estrategia regional. Para ser eficaz frente a EEUU y a los demás países desarrollados, esa estrategia debe entender bien cómo nos ven los países desarrollados y cómo debemos inducirlos a una negociación en otras condiciones.

LO QUE NOS HAN DICHO NO SE HA CUMPLIDO

La primera constatación es que las políticas de ajuste impuestas por Estados Unidos y los organismos internacionales se basan en supuestos que no se han cumplido ni se cumplirán.

Nos han dicho que el ajuste sería temporal y que en pocos años se restablecería el flujo de crédito bancario. Ese flujo no ha llegado ni llegará.

Nos han dicho que en pocos años se recuperaría el ritmo de crecimiento. Sin embargo, en 1985 tenemos un ingreso per cápita a lo menos 10% inferior al de 1981 y no existen condiciones para tal recuperación.

Nos han dicho que el aporte de EEUU al desarrollo de América Latina sería por efecto "locomotora". Es decir, con su propio crecimiento EEUU arrastraría al resto del mundo. El crecimiento fue alto sólo el año 1984, siendo precedido de recesión y sucedido por un decaimiento. Tampoco ha tenido el efecto de arrastre esperado.

Nos han dicho que el crecimiento internacional crecería sostenidamente, abriendo espacio para las exportaciones latinoamericanas. Sin embargo, la naturaleza del crecimiento y del cambio tecnológico no favorece a las materias primas, cuyos precios reales han decrecido. El gigantesco déficit comercial de EEUU pone límites difíciles de traspasar para una expansión importante del comercio externo de

América Latina en los años próximos.

Nos han dicho que el ajuste de corto plazo, según las recetas del FMI, corregiría las causas de la crisis económica de la región. Promovieron e impusieron una medicina altamente recesiva. Por ejemplo, se llegó al absurdo de imponer a Chile, en 1985, la disminución del déficit fiscal a un 3% del producto, en medio de una alta cesantía y justo después de un terremoto que dejó cerca de 200.000 familias damnificadas. EEUU mientras tanto, puede darse el lujo de un déficit superior al 4%, viviendo un período de crecimiento y sin terremoto u otra emergencia. Se desmembró la base productiva, se impuso una lógica cortoplacista, a sabiendas de que la solución exigía de cambios estructurales, que toman más tiempo y requieren otras medidas para lograrla.

Se nos dijo que no debíamos imponer restricciones de cambio para impedir la fuga de capitales, pues vulneraba el principio de libre mercado. Hoy se nos señala que mal pueden los bancos presta más dinero si los capitales fugados no regresan, sabiendo que los capitales fugados nunca vuelven, menos ahora, cuando la crisis impone restricciones económicas y de cambio.

Se nos ha dicho que debemos generar un amplio superávit comercial para pagar los intereses. Ese superávit fue logrado con creces por América Latina en 1983 y 1984, pero no por un incremento de las exportaciones sino a costa de una brusca contracción de casi 50% de importaciones, acarreando hambre, desocupación y retroceso económico.

Lo que se nos impuso como receta se basó en supuestos que no se cumplieron ni cumplirán.

Los cálculos revelan que, de continuar esta situación, e incluso si se cumplieran los supuestos más probables, América Latina no recuperaría su ingreso per cápita de 1980, sino entre 1990 y 1995.

Este cuadro es muy difícill de sostener.

NO HABRA NUEVAS FUENTES FINANCIERAS

Junto a la crisis latinoamericana se han gestado cambios sustantivos en la economía mundial, que estrechan las posibilidades futuras de América Latina.

En los últimos años se ha elevado más la importancia de las relaciones Norte-Norte, en desmedro de las relaciones Norte-Sur. Para EEUU, Europa y Japón, la prioridad es incrementar las relaciones comerciales, financieras y tecnológicas entre ellos. Así ocurre, por ejemplo, en materia comercial entre EEUU y Japón. Ambas hacen esfuerzos por superar sus conflictos. Igualmente, los acuerdos entre empresas en los dos países se hacen más frecuentes, para emprender nuevos avances tecnológicos. Japón ha elevado considerablemente sus colocaciones

bancarias en EEUU y ha aumentado la compra de bonos del Tesoro de ese país, mientras la banca norteamericana presiona por la liberalización de los mercados financieros japoneses.

Europa, igualmente, busca mejorar su coordinación en el campo productivo, financiero y tecnológico. Todo esto acarrea una marginación de América Latina a los ojos de los desarrollados.

El mercado financiero interno norteamericano también representa una nueva atracción para la banca de ese país y para las demás naciones industrializadas. Hay dos cambios importantes en las disposiciones que regulan la actividad bancaria de EEUU que pueden contraer aún más los flujos hacia nuestra región. Por un lado, se están eliminando las barreras a la expansión de los grandes bancos hacia los demás estados de la Unión. Hasta ahora cada banco debía limitar su actividad a un estado, salvo raras excepciones. Hoy puede extenderse. Esta actividad volcará hacia el propio mercado de EEUU la atención y los recursos de esos bancos y de sus pares europeos y japoneses.

Por otra parte, se están implementando nuevas normas regulatorias que obligan a los bancos a entregar información pública detallada de sus préstamos en América Latina y se han impuesto límites a las colocaciones en nuestros países. Estas disposiciones han movido a los directorios de los bancos a aminorar su riesgo (préstamos sobre capital) en los países de América Latina, a fin de mejorar su imagen en EEUU y la posibilidad de captar fondos en ese país.

Tampoco puede esperarse un aumento de los préstamos de la banca multilateral. El crecimiento de las colocaciones del Banco Mundial, BID, u otras instituciones oficiales es muy lento y son totalmente insuficientes para compensar el corte de los créditos de la banca comercial. El gobierno norteamericano no es partidario tampoco de acrecentar la presencia de estas instituciones, pues, según su criterio, inhibiría la iniciativa privada.

Reagan mismo enarboló, y muchos gobiernos latinoamericanos también lo han hecho, la bandera de la inversión extranjera directa como una fuente alternativa de recursos. Sin embargo, las tendencias mundiales reflejan otra cosa. La mayor parte de los nuevos flujos se canaliza entre países desarrollados. En 1984, la inversión extranjera de EEUU en países desarrollados ha llegado al 75% del total.

Las corporaciones transnacionales de ese país se están concentrando más en mejorar sus instalaciones en el propio mercado norteamericano para competir con europeos y japoneses y en expandirse hacia Europa y Japón.

Al revés, EEUU se ha transformado en el más grande receptor de inversión extranjera directa (IED). Desde 1982 ha recibido más IED de lo que ha realizado en el exterior. La política económica de EEUU busca atraer capitales a su país y los estados de la Unión son particularmente activos en esa búsqueda.

En suma, no es esperable la aparición de nuevas fuentes financieras, lo cual agrava más el cuadro y torna más urgente una acción enérgica y radical de parte de América Latina en materia de deuda externa. Sólo así se podrá empujar a la banca y al gobierno norteamericano a negociar otra salida.

COMO NOS VEN LOS EEUU

Existen múltiples fórmulas técnicas para intentar una solución al problema. La búsqueda de una fórmula no es, a mi juicio, el tema central. Lo central es comprender qué debemos hacer para que el gobierno de EEUU se flexibilice y esté dispuesto a negociar.

Antes de sugerir qué hacer, es necesario visualizar cómo nos ven los principales actores financieros y políticos de EEUU y de los demás países desarrollados. También debemos explorar las posibles divergencias entre ellos que puedan favorecer a América Latina.

América Latina ha perdido importancia económica a los ojos de EEUU y los demás países desarrollados. Como dijimos antes, la atención de estos países se centra más y más en las relaciones Norte-Norte y, cuando se trata del Tercer Mundo, con algunos de los grandes países del sudeste asiático y con dos o tres de América Latina.

El peso de América Latina en el comercio mundial ha bajado a cerca del 4% del total. Para EEUU la gestión representa cerca del 12% de su stock de IED. Por otro lado, la mayor expansión futura se busca en los propios mercados de los países desarrollados y en la Cuenca del Pacífico (Japón, Estados Unidos, Canadá y países del sudeste asiático, Australia y Nueva Zelandia).

Desde el punto de vista financiero, la banca norteamericana continúa alarmada por sus intereses en América Latina, pero menos que antes. En 1982 se alcanzó el máximo grado de "exposure" (préstamos/capital) en nuestra región. En ese tiempo se temía que una suspensión de pagos en un país de la región provocara el desplome de bancos importantes en EEUU, incluso del sistema financiero internacional.

A partir de entonces, el cuadro ha cambiado y la banca, junto con las autoridades oficiales, ha adoptado medidas para reducir ese riesgo. El mencionado grado de "exposure" ha bajado, y ya en 1985 ha vuelto al nivel existente en 1978, antes de la crisis, para los nueve mayores bancos de EEUU, que poseen más de 60% de los créditos de bancos norteamericanos en América Latina.

Los bancos han realizado provisiones importantes para absorber las pérdidas en

caso de que deban dar por anulados algunos de los intereses de sus colocaciones, e incluso el principal de algunos prestamos.

Numerosos bancos medianos y pequeños, o de estados alejados de los grandes centros financieros como Nueva York, y que prestaron a América Latina en operaciones "sindicalizadas", encabezadas por los grandes, están vendiendo parte de sus acreencias. Se ha formado un mercado secundario de documentos de la deuda latinoamericana que se transan a precios bastante inferiores a su valor normal, lo que revela también el interés de esos bancos de aceptar una pérdida y deshacerse de sus colocaciones más riesgosas.

Igualmente, el Federal Resene (Banco Central de EEUU) dispone de planes de emergencia para enfrentar un riesgo mayor que pueda recaer sobre un banco de importancia.

Estos nuevos hechos otorgan a EEUU más tranquilidad que en el pasado. Sin embargo, persisten riesgos de significación en caso de producirse una acción concertada y simultánea de los mayores países de la región. Podría ocurrir una crisis en algún banco mediano, que se propagara a otros, creando alarma psicológica.

Los bancos perciben también una situación de "inestabilidad" política en la región y numerosos ejecutivos piensan que las democracias no podrían apretar tan duro como las dictaduras y, por lo tanto, no estarán en condiciones de manejar con firmeza su política económica. Igual cosa piensan ejecutivos de corporaciones transnacionales.

América Latina y sus gobiernos son vistos como débiles e incapaces de reaccionar colectivamente. En consecuencia, la preocupación por negociar ha disminuido.

La banca de Japón y Europa tiende a aceptar el liderazgo norteamericano, pues consideran que los bancos de ese país tienen más experiencia en América Latina y más poder para lograr mejores resultados. En caso de existir algunas diferencias de criterio, prefieren no disputar entre ellos y mantenerse en silencio. La banca japonesa siente que ha tenido una mala experiencia, pues buena parte de su expansión reciente en el mercado mundial ocurrió en América Latina y allí es donde ha enfrentado más dificultades para cobrar. Por tal razón, se han tornado muy cautelosos y recientes a ampliar sus operaciones en la región.

En suma, para los bancos y gobiernos de países desarrollados, América Latina debe pagar y debe efectuar todos los ajustes necesarios. Mientras los gobiernos latinoamericanos sigan débiles e incapaces de presionar, no despertarán mayor inquietud, ni voluntad para corregir esta situación.

A fin de alterar el cuadro desfavorable, esta percepción debe cambiar. Para alterarla, la acción latinoamericana debe centrarse en EEUU, país que comanda el

sistema financiero internacional. El gobierno de ese país estará más dispuesto a revisar su posición si percibe un riesgo a su "seguridad" en América Latina.

Los factores que inciden en tal percepción de riesgo son, a lo menos, los tres siguientes: inestabilidad política en América Latina, con efervescencia social, actitud antinorteamericana, suspensión concertada de pago y el consiguiente riesgo sobre el sistema financiero internacional. Además, un involucramiento directo de Fidel Castro es un factor que los hará prestar más atención al problema.

ESTRATEGIA COLECTIVA PARA ACUMULAR FUERZA PROPIA

La evolución más probable de la economía mundial para el resto de la década revela que la situación latinoamericana no se aliviará, y en la forma actual no hay salida para mejorar las condiciones de vida y afirmar los procesos democráticos.

Los países desarrollados perciben a Latinoamérica como una zona menos prioritaria que antes, marginal, débil e incapaz de reaccionar conjuntamente. Además, el sistema financiero ha reducido en parte su vulnerabilidad ante una crisis parcial (de algunos países) en la región.

El camino para América Latina es crear las condiciones para inducir a los gobiernos de los países avanzados, en particular a EEUU, a negociar una modificación sustancial de la deuda existente. Esta negociación puede finiquitarse con los bancos, pero debe concertarse entre gobiernos.

Los gobiernos de EEUU y de sus aliados económicos estarán dispuestos, sólo si perciben riesgos a sus "intereses de seguridad". Las fórmulas posibles son variadas y, aunque los latinoamericanos deben explorar las opciones, la tarea principal ha de ser otra: diseñar una estrategia colectiva para acumular fuerzas propias. Esta estrategia necesariamente debe contemplar una movilización social y política amplia en cada país, una resuelta concertación y medidas de suspensión de pagos.

Debemos entender que estamos en una encrucijada y que la decisión que se adopte ahora gravitará decididamente en el futuro.

O terminamos el siglo XX inmersos en un proceso de desintegración nacional o nos adentramos al siglo XXI asentando la soberanía nacional y regional, con una opción por la democracia y el bienestar de las mayorías.

La actual actitud de los países industrializados y la posición subordinada de América Latina, hacen previsible una tensión prolongada, antes que surja una solución de parte de EEUU. Será también prolongada, porque los problemas económicos y el desarrollo de América Latina exigen que se establezca un flujo de capitales abundante a la región. Una eventual suspensión de pago (o fórmulas equivalentes), aunque esencial, lograría apenas detener la "exportación" de capitales desde América Latina (entendido como la transferencia neta de divisas al

exterior, medida por la diferencia entre el pago de intereses y dividendos menos el ingreso neto de capitales). Hay que ir más lejos, modificar más a fondo las relaciones externas, captar nuevos recursos, mejorar los precios de intercambio, etc., o sea, un nuevo orden económico internacional.

Por ser prolongado requerirá de una acción estratégica común y de una sólida concertación económica y política entre los países latinoamericanos.

Existe una oportunidad histórica para lograrlo. Esta es la primera vez que un mecanismo específico de subordinación y explotación, como, es la deuda externa, afecta con grave intensidad a todos los países y a cada ciudadano simultáneamente.